

Los grupos plutocráticos de todo el mundo, sostenedores de las dictaduras totalitarias

Dramática lucha entre las masas populares y los gobiernos sometidos al poder financiero

por Anyone

(*Solidaridad Obrera*, Barcelona, 25 junio 1938, p. 2)

Suele llamar la atención a quienes tienen una concepción un tanto ingenua de las relaciones entre el gran capitalismo y los grupos gobernantes, la excesiva condescendencia que muestran ciertos gobiernos con las salvajes dictaduras fascistas. No hemos de referirnos en este caso, una vez más, a los innumerables ejemplos que ofrece nuestra guerra en este sentido. Estos ejemplos señalan casos verdaderamente monstruosos de transgresión de principios elementales de derecho, clásicamente consagrados. Los conocemos todos, sin que sea previsible señalar un límite a esas transgresiones. Por suerte, el pueblo español está curado enteramente de asombros e ingenuidades en cuanto a la actitud de ciertos núcleos internacionales. No por eso ha de declinar su resistencia ni de perseguir con el mismo tesón heroico que hasta ahora, la gran finalidad de su liberación de todo yugo extranjero o "nacional".

Pero, aparte de estos casos, ha habido muchos otros, de menor proyección, pero no menos sintomáticos, en que se ha señalado una verdadera complicidad entre los grupos reaccionarios de las democracias y los gobiernos fascistas. Más aún, puede decirse que si el fascismo ha podido implantar su dominio, tanto en Italia como en Alemania —y antes de que se impusiera en ésta careció de verdadera fuerza de expansión—, ello ha sido debido a que encontró apoyo político y financiero en los grupos dirigentes de Inglaterra y de Francia, aparte de beneficiarse con la actitud vacilante y sincera de los que podemos calificar de sinceros demócratas en ambos países. Así, hemos visto cómo varios gobiernos de los que se sucedieron en Francia se mostraron mucho más condescendientes con las exigencias nacionales que planteó el hitlerismo, que con las demandas más moderadas y justas de Stresemann y demás demócratas alemanes, con lo cual el poder del *Führer* halló la única base de sustentación que hacía falta a quien explotaba especialmente el descontento de los alemanes por lo que ellos siempre han llamado la inicua imposición de Versalles. Todos los horrendos crímenes cometidos por el "nazismo", no sólo contra los partidos de izquierda, sino también contra las minorías nacionales o raciales, tal como en el caso de los judíos, les fueron tolerados sin la menor declaración de repudio por parte de las democracias. Cosa que, sin embargo, había ocurrido contra las persecuciones del zarismo, mucho menos brutales y menos sistemáticas. Lo mismo puede decirse con los ya viejos crímenes de Mussolini y de sus bandas de "squadristas". La sensibilidad democrática, nos referimos a la democracia oficial de los demás países, no se conmovió para nada. Conocemos un solo caso de repudio por parte de un gobernante digno: el de Émile Vandervelde, que en un congreso internacional se negó a estrechar la mano al asesino de Matteotti. Los demás, sea cual fuere su matiz particular, no sólo

no tuvieron inconveniente en tratar "caballerosamente" con los asesinos, sino que les fueron concediendo cada vez más posibilidades de extender su nefasta influencia.

La actitud tomada por las democracias en el caso de la conquista de Etiopía por Mussolini, uno de los fenómenos más bochornosos de nuestra época, es simplemente consecuencia de la pendiente por la cual esas democracias se han dejado arrastrar. Significa, a su vez, el antecedente lógico de la trágica "no intervención" ante nuestro caso. Y si la situación creada por nuestra lucha, gracias a la formidable resistencia de los combatientes antifascistas, no llega a ser suficiente para imponer un cambio de orientación general, pueden esperarse aún claudicaciones más absurdas o, si se quiere, verdaderas "entregas" de las fuerzas democráticas a su enemigo natural: el absolutismo totalitario.

¿Es que todo eso es casual? ¿Se trata simplemente del desgaste de un régimen que se hunde por falta de vitalidad? Mucho hay de esto último. Pero la explicación más satisfactoria de aquel fenómeno reside en el hecho de que los grupos plutocráticos, las grandes concentraciones capitalistas, así tengan su sede en Berlín, en París o en Londres, siguen una política acorde, en cuanto al sojuzgamiento de los pueblos se refiera. Se sabe perfectamente que Mussolini pudo iniciar y llevar adelante su aventura dictatorial gracias al apoyo financiero que le prestaron los banqueros de la *City*. En cuanto a Hitler, no hubiera podido llegar al poder, ni menos conservarse en él, de no contar con el formidable apoyo de Thyssen, representante de la industria pesada alemana, y la colaboración de importantes sectores de la finanza internacional.

Esos grupos financieros, dueños de infinidad de empresas, entre ellas de muchos órganos de opinión, imponen, dentro de las democracias, una determinada línea de conducta, particularmente en lo que se refiere a la política internacional. Aquí hemos calificado, con la merecida dureza, la política de un Léon Blum frente a nuestra guerra política, tanto más vituperable si se tiene en cuenta que la dirigía un socialista, considerado, en cierto momento, como de la izquierda. Pero no hay que olvidar que el señor Blum, frente al conglomerado de las doscientas familias, frente a los dueños de la finanza francesa, ha representado siempre muy poco poder efectivo. Y cuando ese conglomerado lo creyó conveniente, obligó al líder socialista a abandonar su cargo. Mientras que por parte de las tendencias políticas izquierdistas se ha llevado una línea de contemporización, los reaccionarios no han dejado de lanzar en la balanza todo el peso de su influencia, basado especialmente en su poderío económico.

De ahí que nos encontremos ante el hecho desconcertante, en apariencia, de un divorcio casi total entre el sentir de las masas populares en los países democráticos y la actitud de sus respectivos gobiernos, frente a la guerra de España. Mientras los pueblos piden el cese de la absurda política de "no intervención", los gobernantes siguen aferrados a ella. Y se produce una intensa lucha entre ambos factores: el factor popular y el oficial. De su desenlace depende ciertamente el porvenir de Europa y del mundo. O se imponen los pueblos que quieren la derrota del fascismo en España, o todas las democracias tendrán que lamentar muy pronto su pasividad. Sabemos que, en última instancia, esa lucha se decide en nuestros campos de batalla. La resistencia de nuestros combatientes constituye la base más firme con que cuentan las masas antifascistas de todo el mundo. Cada día que pasa acrecienta la reacción contra el fascismo en los demás países, poniendo bien al descubierto las maniobras del gran capitalismo que pesa sobre los gobiernos democráticos. Llevar la resistencia hasta posibilitar el despertar efectivo de los pueblos, constituye para nosotros la verdadera salvación.

Artículo publicado en *Solidaridad Obrera* (Barcelona), 25 junio 1938, p. 2

[http://hemerotecadigital.bne.es/pdf.raw?query=parent:0004932767+type:press/page&name=Solidaridad+obrera+\(Barcelona\).+25-6-1938](http://hemerotecadigital.bne.es/pdf.raw?query=parent:0004932767+type:press/page&name=Solidaridad+obrera+(Barcelona).+25-6-1938)